

Un discurso

Los discursos del general Ramírez, Presidente provisorio, interino, ocasional o de facto de la República Argentina, no se distinguen, como la casi mayoría absoluta de los discursos de sus congéneres, por su profundidad filosófica o su belleza oratoria. Leerlos resulta lo mismo que no leerlos, y el primero que pronuncian es igual al último que pronunciarán.

En el reciente discurso del general Ramírez, el único que, en un momento de debilidad, he leído hasta un poco más de la mitad, he encontrado, sin embargo, unas frases que llaman la atención. Dice el general: "Para poder intervenir en la vida y dirección del Estado es imprescindible que los partidos políticos se depuren de los malos elementos. Cuando hayan cumplido íntegramente esa tarea de moralización tendrán derecho a ocupar el puesto de honor, que no lo ocuparán ni un minuto antes de haberla terminado, porque no lo quiere el pueblo y no lo permitirán las instituciones armadas."

¿Significarán estas frases el deseo del general Ramírez o de las instituciones armadas de permanecer en el poder hasta un segundo antes de que suene la trompeta del Juicio Final? No lo sabemos, pero, signifíquelo o no, el general Ramírez está, a nuestro juicio, muy equivocado respecto a la vida y milagros de los partidos políticos. Porque los partidos políticos, sean de la índole que sean, nunca son más puros que cuando están en la oposición, en el ostracismo o en la ilegalidad. Es entonces cuando recuerdan que tienen una doctrina -- si no la tienen inventan una --, entonces cuando exigen a todo el mundo, sobre todo a los que están en el poder, una pureza que no conocieron en sus días de poderío; entonces, cuando, viendo que ya no hay nada que ellos puedan comprar, vender, tramitar o ganar, los sinvergüenzas los abandonan y buscan soles más calientes. ¿Para qué citar ejemplos que todos conocemos?

Para la moralidad de los partidos políticos lo terrible no es la oposición, el ostracismo o la ilegalidad; lo terrible es el poder. Los partidos

políticos, como los organismos humanos, se fortalecen y depuran cuando son sometidos a dieta alimenticia; degeneran, en cambio, en la abundancia sin medida. Y esto, claro está, es una ley que rige no sólo para los partidos políticos; rige para cualquiera agrupación de hombres, políticos o no, que lleguen al poder en cualquier parte del mundo. Un partido político que no tuviera por objeto el apoderarse del poder y que rehusara tomarlo siempre, sería un gran partido, un gran partido que, desgraciadamente, no existirá jamás.

Manuel Rojas

CELICH UC
 Centro de Estudios de Literatura Chilena
 Sucesión Manuel Rojas ©